

SOCIOSEMIÓTICA DE LAS PASIONES

Miquel RODRIGO ALSINA
Universidad Autónoma de Barcelona.

*“Ens vestiren l’ amor amb tants adorns
que ens era dificultós trobar-lo,
viure’ l, sentir-lo.”*

Josep Garés (1977) *Falç sense mà (poemes de presó)*, Valencia: Eliseu Climent, p. 37.

“... sémiotiquement parlant, nous ignorons (presque) tout des passions...”

Algirdas J. Greimas y Jacques Fontanille (1991) *Sémiotique des passions*, Paris: Seuil, p. 110.

“La idea es que la realidad, aceptes la de la Santa Sede, la de René Char o la de Oppenheimer, es siempre una realidad convencional, incompleta y parcelada.”

Julio Cortazar (1981) *Rayuela*, Barcelona: Bruguera, p. 503 (primera edición 1963).

Una maldición china amenaza: “Te deseo que vivas en una época interesante”, y hay que reconocer que vivimos en una época interesantísima. ¿Quién puede ignorar los cambios que se están produciendo a nuestro alrededor?

Este trabajo recoge parte de las investigaciones realizadas en septiembre de 1992 en París (Centre d’Etudes sur l’ Actuel et le Quotidien -Universidad de la Sorbona). Esta estancia fue posible gracias a la ayuda de la CIRIT (Generalitat de Catalunya).

Hay un cambio en la forma de entender la sociedad. La denominada sociedad posmoderna es una sociedad compleja en la que se ponen de manifiesto fenómenos como, por ejemplo, el de las tribus urbanas que Maffesoli (1990.a) denomina siguiendo a Max Weber “comunidades emocionales”.

Para Maffesoli (1990.b: 16) la posmodernidad inaugura una forma de solidaridad social que no es contractual sino que se elabora a partir de un proceso complejo hecho de atracciones, de repulsiones, de emociones y de pasiones. Viene a

apuntar Maffesoli (1992: 137-178) que una nueva cultura está naciendo: la cultura del sentimiento. Es una cultura de la representación que se fundamenta en la capacidad de seducir y en la que los medios de comunicación social tienen, en mi opinión, un papel central. Prácticamente cada día podemos asistir, gracias a los medios de comunicación, a un nuevo episodio de la política-espectáculo. Según Maffesoli (1992: 154) “La transfiguración de lo político se consume cuando el ambiente emocional toma el sitio del razonamiento, o cuando el sentimiento substituye a la convicción.”. Quizás hemos pasado de la razón del Estado a la pasión de la Nación. Pasión, en ocasiones, en el sentido etimológico del término.

En esta cultura del sentimiento, en palabras de Maffesoli (1992: 168), “La lógica de la modernidad por la cual sólo lo racional es real es aquí sobrepasada por esta otra lógica “contradictorial” (“contradictorielle”) donde se ajustan, como pueden, las múltiples expresiones del sentimiento colectivo.”. La contradicción no excluyente de la sociedad actual se manifiesta en la polisemia de nuestras sociedades complejas “donde cada cosa y su contrario pueden existir al mismo tiempo” (Maffesoli, 1992: 141). En este mismo sentido Edgar Morin (*El País* 18/VII/1992) señala que “La tolerancia compleja reconoce la complementariedad de las verdades contradictorias. Neils Bohr, el gran físico, decía que lo contrario de una verdad vulgar es un error estúpido. Por ejemplo, si yo digo que esa mesa es una mesa y usted dice que es un sillón, usted dice una estupidez. Pero Bohr añadía que lo contrario de una verdad profunda es otra verdad profunda. (...) El pensamiento simplificador rechaza las contradicciones: el pensamiento complejo, las asume.”.

Esta nueva cultura del sentimiento tiene, como puede apreciarse múltiples consecuencias. Hemos pasado del paradigma positivista dominante en el que se pretendía controlar el mundo a una actitud fenomenológica con la que contemplamos, a veces perplejos, los cambios acelerados que estamos viviendo. Como afirman Greimas y Fontanille (1991: 99): “Los cambios culturales son susceptibles de influir en como se representan intelectualmente las pasiones, es una banalidad recordar que todo proyecto científico se inscribe en una cultura y en un *episteme*, y que, por consiguiente, la semiótica de las pasiones no escapa a tales determinaciones.”

No sé si puede hablarse, siguiendo a Kuhn, de una revolución científica. Pero es indudable que los signos de esta época apuntan al cambio. El positivismo reduccionista ignora la pasión y remite el mundo de las emociones al apartado de “lo irracional”. Pero algunos autores, como Maffesoli, consideran acertadamente que nuestro conocimiento está formado de rigor y poesía, de lógica y mitología, de razón y pasión. No se trata, por supuesto, de prescindir de la racionalidad. Se trata más bien de no rechazar todos aquellos aspectos sociales que tradicionalmente no se ha encuadrado dentro de lo racional.

En cualquier caso hay que aceptar que nos encontramos, también en el estudio de las emociones, ante dos paradigmas dominantes (Russell Hochschild

1983: 201-222). Por una parte tenemos una concepción universalista, positivista y organicista de las emociones que tienen como autores de referencia a Darwin o a William James. Esta perspectiva fisiologicista ha sido durante mucho la única aproximación de las ciencias humanas a las emociones, teniendo aún hoy en día gran predicamento (Dantzer, 1989) (Vincent, 1987). Por otro lado está el modelo relativista, interpretativo y constructivista que se fundamenta entre otros en los estudios del interaccionismo simbólico, de Geertz y Goffman (Sarbin, 1988). La sociosemiótica tal y como yo la entiendo se sitúa al lado de esta segunda perspectiva.

Para fijar esta segunda corriente veamos cuales son los principios del modelo constructivista de las emociones (Armon-Jones, 1988: 33-34):

a) Las emociones se caracterizan en que sus contenidos no son naturales sino determinados por los sistemas de creencias culturales y morales de una comunidad determinada.

b) Las emociones son aprendidas por la persona al aprender ésta las creencias, los valores, las normas y las expectativas de su cultura.

c) Las emociones son patrones socioculturalmente determinados por la experiencia y que se manifiestan en situaciones sociales específicas.

d) Las emociones tienen una funcionalidad en la medida que tener emociones culturalmente apropiadas sirve para impedir las actitudes y comportamientos no deseables y para sostener unos determinados valores culturales.

El estudio constructivista de las emociones no sólo busca su espacio al lado del paradigma organicista sino que además ha tenido que romper con muchas ideas establecidas en torno a su objeto de estudio.

A lo largo de la historia muchos filósofos han valorado negativamente la pasión oponiéndola a la razón, el origen de esta postura la podemos encontrar en el estoicismo que concibe la pasión como una perturbación del espíritu. A partir del siglo XVII se generaliza la concepción filosófica de las emociones como un fenómeno no cognoscitivo e involuntario. Para Kant mientras que la emoción constituiría un estado normal de la vida psíquica, la pasión sería el aspecto patológico. Las teorías filogenéticas de Darwin ligan las emociones a los impulsos innatos e instintivos de los seres humanos, teniéndolos en común con los seres irracionales.

Sin embargo hay un cambio con el romanticismo. Se concibe "...la pasión por sí misma, restituida al sentir, la pasión como principio de vida..." (Greimas y Fontanille, 1991: 109). "La lógica de las pasiones en una comunidad humana es una lógica de la identidad y de la diferencia." (Meyer, 1991:19). Desde este punto de vista somos lo que sentimos.

Aunque al analizar los universos pasionales organizadores de las culturas, Greimas y Fontanille (1991: 98) señalan que "la teoría de las pasiones, en el momento de la revolución individualista del siglo XVIII, es reemplazada por la teoría del valor y por la dinámica del interés. Las variaciones paradigmáticas de

la historia consiste aquí en reemplazar una focalización sobre el sujeto por una focalización sobre el objeto y, paralelamente, modificar el equilibrio y las relaciones entre el querer y el deber. En los sistemas filosóficos, pero también de una manera más general en el interior del *episteme*, la economía política toma el lugar de las teorías de las pasiones, que caducan, y la teoría de las necesidades suplanta la de los deseos.”

Un ejemplo ilustrativo de este cambio está en las propias teorías sociales, que son el reflejo de una forma de ser y pensar de una época. Así tenemos que dentro de la psicología social (Vander Zander, 1989: 24-26) la teoría del intercambio social es un intento de integrar la teoría conductista con los principios de la economía clásica. De acuerdo con esta teoría la gente entra en relaciones de intercambio porque reciben determinadas recompensas en forma de: amor, reconocimiento, gratitud, seguridad, etc. En las relaciones las personas establecen una especie de contabilidad psíquica registrando las retribuciones, los costos y las utilidades. Las retribuciones es lo que se desea obtener, los costos lo que se desea evitar y las utilidades son las retribuciones menos los costos. No siempre se tiene la suficiente información para que el saldo sea positivo. Además en ocasiones las personas aceptan saldos negativos como una forma de inversión así aunque no se tengan rendimientos inmediatos se supone que a la larga se obtendrán resultados favorables. Aunque, claro está, las previsiones pueden fallar y el saldo puede ser finalmente negativo.

Pero la filosofía no sólo ha valorado las pasiones, también ha intentado clasificarlas. Sin embargo para Greimas y Fontanille (1991: 105) “la actitud taxonómica está falseada del inicio por el hecho que toda taxonomía de las pasiones hace referencia a una cultura determinada. Esto no le resta nada de su valor filosófico pero impide al semiótico de usarla; en efecto, el método semiótico consiste entre otros en prever, y no inventariar la combinatoria, prever, por un lado, las posiciones posibles de la combinatoria, pero es necesario conocer entonces el principio general; prever, por otro lado, los casos pasionales en el discurso, pero entonces es necesario conocer la sintaxis.”

Aunque “La lengua ella misma actúa por clasificación, en la medida que conceptualiza el mundo natural. Las culturas, por su parte, se distinguen como etnotaxonomías, caracterizando una era o una época enteramente, y como sociotaxonomías, que establecen las diferentes capas taxonómicas de una era o de una época determinada; según el criterio establecido estas últimas podrán ser socioculturales, socio-económicas, sociogeográficas...” (Greimas y Fontanille, 1991: 89). Así por ejemplo en el período victoriano se esperaba que las jovencitas de buena familia se desmayasen cuando se enfrentaban a determinadas situaciones, siempre y cuando lo pudieran hacer con seguridad y decoro (Averill, 1988: 107).

Aunque no sigo los criterios de pertinencia de la Escuela Semiótica de París en el ámbito de la sociosemiótica, que he denominado pluridisciplinar, me es

grato constatar que Greimas y Fontanille recogen algunas ideas perfectamente integrables con la perspectiva que sostengo (Rodrigo, 1989 y 1990).

Como afirma, desde la sociología constructivista, Harré (1988:4) “Ira sólo puede ser aquello que cierta comunidad designa con la palabra ‘ira’”. Por su parte Greimas y Fontanille (1991:91) reconocen que “... todo un conjunto de comportamientos relevantes del honor son excluidos del ámbito pasional en los siglos XVII y XVIII y en cierta medida en el siglo XIX, apareciendo como ‘susceptibilidad’, ‘irritabilidad’, ‘carácter sombrío’ o violencia colérica de hoy en día. Mientras que estos comportamientos están socialmente normativizados, codificados como roles temáticos en la competencia de los sujetos, nos encontramos en el marco de un contrato colectivo y de una competencia modal ordinaria: a partir del momento que esta codificación y la norma que la acompaña caen en desuso, los mismos comportamientos no reenvían más a una estructura modal isótropa, como la del deber-ser o deber-hacer, sino a un dispositivo modal complejo, que ningún contrato regula...”

En esta cita se recoge otro de los principios de la construcción social de las emociones. Las emociones están ligadas al orden social (deber-ser / deber-hacer) de una sociedad determinada. En este sentido considero que la importancia de las pasiones está precisamente en que establecen un orden moral latente que se ha interiorizado. No es gratuito que ninguna sociedad deje sin regulación sus pasiones. Como afirman Berger y Luckmann (1983: 167) “Resulta innecesario agregar que la socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional. Existen ciertamente buenos motivos para creer que, sin esa adhesión emocional a los otros significantes, el proceso de aprendizaje sería difícil, cuando no imposible.”

Otra aportación que me parece importante de la Escuela de París es que Greimas y Fontanille (1991: 96) distinguen dentro del universo pasional de una cultura entera “micro-universos sociolectales que caracterizan los discursos sociales”. El ejemplo que utilizan es de la humillación didáctica. Para Greimas y Fontanille (1991: 96-97) el discurso didáctico está fundado en la negación del saber del estudiante y sobre la afirmación del saber del enseñante. Esta negación es a la vez necesaria para la buena transmisión y para la construcción del saber, por un lado y para la constitución del actante colectivo, por otro lado, ya que el grupo en formación existe por una evaluación que viene a medir lo que sabe y no sabe el estudiante.

Esta negación de competencia es portadora, al menos en su principio modal, de una “humillación”, es decir “de una manipulación patémica que pretende instalar en el estudiante un cierto segmento modal estereotipado donde la *consciencia (saber)* de la incompetencia debe llevar a una *aceptación (querer)* de los aprendizajes propuestos: el *saber-no ser* se transforma en *no querer no ser*.” Greimas y Fontanille (1991: 97) recogen la anécdota, a guisa de ejemplo, de

Freud en su *Introducción al Psicoanálisis* que dirigiéndose a los estudiantes afirma que para venir a escucharle hay que admitir que se es ignorante. Enrique Gil Calvo (citado por Aler Gay, 1991: 351), por su parte, al iniciar un seminario decía a sus estudiantes: “Ojalá que cuando termine este curso seamos un poco más ignorantes y un poco menos necias y necios”. Porque ignorante es aquel que sabe que no sabe mientras que el necio es aquel que sin saber cree que sabe. Es decir que no sabe que no sabe.

También distinguen Greimas y Fontanille (1991: 99-103) el universo pasional idiolectal cuya especificidad la concretan en:

- 1) La sobrearticulación de ciertas pasiones.
- 2) La dominación isotópica o funcional de ciertas modalizaciones.
- 3) Las orientaciones axiológicas, la valorización y la desvalorización de ciertas pasiones.
- 4) La recategorización de pasiones tomadas de universos sociolectales y que, en el ideolecto, no corresponden ya a la definición de “la lengua”.

La Escuela de París a partir de su criterio inmanentista tiene un proyecto distinto a lo que yo pienso que podría ser una sociosemiótica de las pasiones. La Escuela de París pretende en palabras de Greimas y Fontanille (1991: 110) “promover una semiótica de las pasiones que, por un lado, asegure una autonomía a la dimensión patémica en el interior de la teoría de la significación y, por otro lado, no se confunda con la teoría semiótica general, manteniéndose independiente de las variaciones culturales que traducen las taxonomías connotativas.”. Sin embargo, como ya he apuntado anteriormente, muchas de las propuestas que he recogido son perfectamente aplicables a la sociosemiótica pluridisciplinar que propongo. Además creo que la Escuela de París tiene cada vez más una postura menos rígida y más abierta a la pragmática. Dicen Greimas y Fontanille (1991: 110): “Entre dos vías, aquella que consistiría en ‘chapear’ (‘bricoler’) en el interior de una lengua natural para edificar un sistema pasional (...) y aquella que consistiría con toda independencia, mas allá de toda lengua natural, un sistema arbitrario en el cual la explotación concreta quedaría siempre problemática, nosotros adoptamos una vía crítica, donde las virtualidades de la lengua son reconocidas, donde las selecciones culturales serán teorizadas, donde sea posible...”

Por su parte Fabbri (1987: 205) propone, en relación al estudio de las emociones “una aprehensión más procesal y contextual, más interpersonal y cultural de la significación.(...) La nueva tarea es reconstruir una teoría de las emociones subyacente a la semiosis manifestada (...) y el análisis debería ser translingüístico...”.

Por último Harré (1988: 13), dentro de la teoría de la construcción social de las emociones considera que se podrían llevar a cabo las siguientes investigaciones:

a) Ver el repertorio de juegos lingüísticos disponibles en una cultura ya que estos son la base para el establecimiento de las emociones. Se parte del principio que nuestras emociones están determinadas por nuestro repertorio de prácticas sociales y por nuestros recursos lingüísticos, ya que descubrimos las emociones de acuerdo con un lenguaje público compartido.

b) Estudio del orden moral dentro del cual las valoraciones morales, que controlan el significado y el uso motivado de las terminologías emocionales, son significantes.

c) Mostrar la función social que las manifestaciones emotivas y la narración de emociones juegan en los episodios dramáticos de una cultura.

d) Analizar las formas narrativas que se revelen en la explicación de los tres puntos anteriores.

e) Descubrir el sistema de normas por el que se rigen las complejas formas de acción social dentro de las cuales se mantienen, se cambian, se juzgan y enseñan las calificaciones emocionales de los actores y las acciones.

Tengo la impresión que el estudio de la comunicación emotiva, de las pasiones, puede ser un lugar de encuentro privilegiado de dos disciplinas, la sociología y la semiótica, que durante mucho tiempo se han ignorado o se han echado un “malccochio”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALER GAY, I. (1991) "La humanidad cuarteada". *REIS* nº 56, 351-359.
- ARMON-JONES, C. (1988) "The Thesis of Constructionism". En *The Social Construction of Emotions*, R. Harré (ed.), 32-56. Oxford (U.K.): Basil Blackwell, (primera edición en 1986).
- AVERILL, J.R. (1988.b) "The Acquisition of Emotions During Adulthood". En *The Social Construction of Emotions*, R. Harré (ed.), 98-118. Oxford (U.K.): Basil Blackwell, (primera edición en 1986).
- BERGER, P.L. y LUCKMANN, T. (1983) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu (original publicado en inglés, 1966).
- DANTZER, R. (1989) *Las emociones*. Barcelona: Paidós, (original publicado en francés).
- FABBRI, P. (1987) "Postfazione. A passion veduta: il vaglio semiotico". *Versus* nº 47/48, 203-233.
- GREIMAS, A.J. y FONTANILLE, J. (1991) *Sémiotique des passions*. Paris: Seuil.
- HARRE, R. (1988) "An outline of the social constructionist viewpoint". En *The Social Construction of Emotions*, R. Harré (ed.), 2-14. Oxford (U.K.): Basil Blackwell, (primera edición en 1986).
- MAFFESOLI, M. (1990.a) *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria (original publicado en francés, 1988).
- MAFFESOLI, M. (1990.b) *Aux creux des apparences*. Paris: Plon.